



La epopeya de un hombre normal

Ambicioso y dúctil, afrontó una enorme tarea, se inmoló en beneficio del Estado y no alcanzó a ser consciente del reconocimiento de la sociedad y la Historia

CÉSAR COCA



En abril de 1977, apenas dos meses antes de las primeras elecciones democráticas celebradas en España en cuarenta años, Adolfo Suárez dijo a un periódico alemán: «Mi punto fuerte es, creo yo, ser un hombre normal». Un hombre normal que cargó sobre sus espaldas la enorme tarea de dismantelar desde dentro un régimen dictatorial. Un tipo normal de gran ambición que alcanzó un puesto que ni en sus sueños más descabellados pudo nunca imaginar pero que una vez en él puso siempre el interés del Estado por delante del suyo. Una persona normal, en fin, que siguió paso por paso la trayectoria típica del triunfador en este país: ascenso rápido, duros ataques procedentes de los suyos, caída estrepitosa, pronto olvido y tardío reconocimiento de méritos.

La carrera del primer presidente de Gobierno de la democracia está llena de paradojas. Quizá cabría decir de etapas tan distintas unas de otras que no parecen corresponder al mismo personaje. Durante los veinte primeros años de su vida profesional y política, Suárez se elevó desde la nada gracias a una gran ambición y a una inteligencia natural que lo llevó a estar en el lugar adecuado en el momento preciso y a arrimarse a quien controlaba los principales resortes del poder.

Luego llegaron los cuatro años y medio de fulgor, en los que cambió radicalmente: su ambición fue puesta al servicio de España y su instinto de funambulista resultó esencial para lograr los equilibrios que permitieron crear y consolidar el régimen democrático más duradero en la historia del país. Tras esa etapa vino un largo declive, aliviado únicamente en la fase final de su vida pública por un número creciente de voces que se alzaron para reivindicar su figura y su obra. Algunas de ellas se habían distinguido en la crítica mordaz mientras estuvo en el poder. Los años postreros han estado marcados por el silencio de la enfermedad y la compasión general. El respeto al hombre y la admiración por su obra. La vida no fue justa con él, porque el mal que lo ha conducido a la tumba le impidió conocer el aprecio de sus conciudadanos. Fue en definitiva un superviviente que superó las pruebas más difíciles, menos la traición en sus propias filas.

El hacedor de la Transición nació en Cebreros el 25 de septiembre de 1932, en el seno de una familia católica. Su padre, que salvó la vida fingiéndose al borde de la muerte cuando unos falangistas fueron a darle 'el paseo' por haber apoyado en su momento al republicano Claudio Sánchez Albornoz, lo era más bien de forma nominal. Su madre vivía la religión con fervor, una práctica que le transmitiría hasta el extremo de que durante muchos años acudió a misa y comulgó a diario. No hay nada memorable en su juventud: alumno del Colegio San Juan de la Cruz y el Instituto de Ávila, terminó el Bachillerato con un expediente mediocre. Después se matriculó por libre en la Facultad de Derecho de la Universidad de Salamanca. Nadie parece capaz de recordar su paso por las aulas, dado que iba solo a los exámenes, que superó sin brillantez.

Alejado del bullicio estudiantil de la capital charra, Suárez comenzó a moverse en las estancadas aguas de la vida abulense. Solo tenía 20 años cuando llamó la atención del obispo por su carácter abierto, su don de gentes y una simpatía que nunca sonaba impostada. Por eso lo nombró presidente de la Asociación de Jóvenes de Acción Católica. Puede parecer poco, pero era el inicio de una imparable carrera política, la base sobre la que empezó a relacionarse con las autoridades locales y desarrollar esa capacidad para hacerse ver sin molestar que tanto resultado habría de darle.

Primeros contactos

Esos contactos, aun modestos, fueron decisivos para que encontrara su primer trabajo, nada más terminar la carrera: oficial de Beneficencia del Ayuntamiento de Ávila. Un empleo irrelevante, pero que muy poco después le permitió conocer al nuevo gobernador de la provincia: Fernando Herrero Tejedor. Corría el año 1956 cuando Suárez entró a trabajar como secretario del hombre que habría de ser su mentor. Fue la época en la que el presidente de Gobierno que mejor imagen ha dado en televisión se enfrentó a su primera experiencia ante las cámaras: un papelito como extra en la película 'Orgullo y pasión', varias de cuyas escenas se rodaron en Ávila.

Uno de los aspectos más llamativos en la biografía de Suárez es el escaso tiempo que duraba en todos sus empleos. Puede decirse que donde más estuvo de forma estable fue en el palacio de la Moncloa. Entre 1957 y 1961, la fecha de su matrimonio con Amparo Illana, encontramos al futuro líder de la Transición



IVÁN MATA